
LIBRO II.

EL SIGLO XVIII.

CAPITULO I.

CONSIDERACIONES GENERALES.

§ I.—La política del siglo XVIII.

I.

La primera mitad del siglo XVIII, á partir de la muerte de Luis XIV, forma un singular contraste con el reinado del gran rey. Le hemos negado la grandeza moral, y hasta la grandeza política; pero al ménos tenía una insaciable ambicion, y durante largos años, la victoria favoreció sus designios, hasta tal punto, que asustada la Europa temió que realizase la monarquía universal. De aquí ligas incesantemente renacientes contra la Francia, hasta que el anciano rey humillado se vió reducido á implorar la paz de sus enemigos irritados. El espectáculo es imponente, porque se trata de los intereses más graves de la humanidad, de la libertad y de la independencia de las naciones. Cuando muere Luis XIV, la escena cambia. No hay ya potencia preponderante, no se trata ya de monarquía universal. No faltan alianzas, pero

podiera decirse que no tienen ya objeto, segun lo mudables y contradictorias. El espíritu se cansa y se fastidia de seguir negociaciones que á nada conducen, puesto que las ligas que establecen se rompen en cuanto están formadas. Sin embargo, por insípida que parezca la política de las grandes potencias, encierra útiles enseñanzas. En el fondo sigue siendo la política de Luis XIV, el despotismo en lo interior, y la fuerza en las relaciones internacionales. El desprecio del derecho parece hasta más brutal, porque no tiene aquel prestigio que sacaba de las distinguidas maneras de Luis XIV. Cuanto más brutal es la fuerza, más enseña á los pueblos que solamente el derecho puede servir de salvaguardia á su libertad y garantizar su independencia.

La Francia se hallaba debilitada por las guerras ruinosas de Luis XIV, por una menor edad, y sobre todo por la decadencia moral que, partiendo del trono, invadía toda la nacion. Sufria el castigo de su unidad excesiva, de su culto por la monarquía; guerrera y ambiciosa bajo Luis XIV, puede decirse que su valor y su genio militar fueron enterrados en la tumba del gran rey; fué débil, blanda é impotente bajo el más despreciable de los príncipes. Por más que el territorio de la Francia se haya aumentado con la Lorena, no hay época más vergonzosa en su historia que la del largo reinado de Luis XV. Perdió las Indias, la Luisiana y el Canadá. La pérdida de sus establecimientos coloniales fué el menor de sus desastres; perdió toda consideracion, hasta el punto de no ser contada entre las grandes potencias. Se la hubiera creído en plena decrepitud. Había, en efecto, un elemento de su constitucion en decadencia, y que iba á desaparecer, y era la monarquía. Idólatras de su príncipe al advenimiento de Luis XV, los Franceses lo despreciaban á su muerte, y ¿quién había de poder estimarle? Pero la nacion, aunque infectada en sus clases elevadas por la desmoralizacion real, estaba tan léjos de decaer, que, por el contrario, se preparaba en silencio á la mision más gloriosa que ha sido reservada jamas á ningun pueblo; la de ser el libertador y el iniciador de la humanidad.

El siglo XVIII inauguraba dignamente la era revolucionaria. Miéntras que el gobierno de la Francia era objeto de desprecio universal, la literatura francesa dominaba en el extranjero. Puede

decirse que, en las miras de la Providencia, la debilidad política de la Francia contribuyó á asegurar su imperio en el terreno de las ideas. En tiempo de Luis XIV, la Europa se resistía á la influencia francesa, porque tras sí llevaba la servidumbre, la altiva dominación del más orgulloso de los reyes. Bajo el indolente Luis XV, la Europa se dejó atraer con absoluta confianza por el encanto de una cultura que no tenía ya para ella peligro alguno. Los príncipes dieron el ejemplo de una verdadera galomanía; no sabían que las ideas que ayudaban á difundir habían de poner fin á su reinado. A la Francia del siglo XVIII se la debe juzgar con la mirada fija en este porvenir; su verdadera historia no está en la diplomacia, ni en los campos de batalla: está en la literatura y en la filosofía.

A partir del advenimiento del príncipe de Orange, pareció despertarse la antigua rivalidad de los Ingleses y de los Franceses. Desde 1688 la Inglaterra fué el alma de todas las coaliciones. A la muerte de Luis XIV, una alianza casi íntima reemplazó á una lucha á muerte. Inglaterra se hallaba tan debilitada como la Francia, pero por distintas causas. Una familia nueva vino á ocupar el trono de los Estuardos. Esto era algo más que un cambio de personas, era una revolución política. La familia caída era la encarnación de la monarquía absoluta y del catolicismo, que se acomoda perfectamente al régimen despótico, al paso que la casa de Hanover fué llamada á reinar, por un acto de la voluntad nacional, que garantizaba á la vez el protestantismo y la libertad. Pero la dinastía alemana no tenía raíces en la tradición, tan poderosa entre los Ingleses; los Estuardos tenían en su favor el prestigio de una raza que parecía estar identificada con la nación; tenían en su favor intereses políticos y pasiones religiosas. De aquí incesantes conspiraciones y sangrientas revoluciones ahogadas en sangre. No era momento á propósito para que la nación se lanzase á empresas exteriores; era necesario, ante todo, consolidar la obra de 1688. Es la época de la paz á toda costa. En realidad, no era más que un alto, una tregua. Hemos dicho que en el continente no había ya, en el siglo XVIII, lucha por la monarquía universal. Pero puede decirse que esta ambición es inseparable de la fuerza. Mientras la Francia abdica su supremacía, In-

glaterra invade los mares, pronta á hacer una guerra á todo trance á los que se atrevan á disputarle su imperio y aún á aquellos que despierten su envidia. La lucha contra la Francia volverá á empezar á mediados del siglo XVIII con más rudeza que nunca.

Segun los historiadores franceses, el cambio de dinastía regeneró á España. No negamos que la nueva casa real haya tenido influencia en los destinos de la nación española, pero no bastó que los descendientes de Carlos V fuesen reemplazados por los Borbones, para que súbitamente y como por milagro renaciese España á la vida. Puede más bien decirse que la decrepitud fué contagiosa para el joven príncipe á quien el testamento de Carlos II había llamado á sucederle. Felipe V se parecía más á los últimos reyes de España que á un nieto de Luis XIV. Su largo reinado ofrece el más miserable de todos los espectáculos; un monarca en el vigor de la edad, que se aísla en su palacio, á quien su mujer secuestra en cierto modo para reinar en su nombre. Los primeros años de su reinado fueron ilustrados por el heroico sacrificio de la nación española; y el valor de la joven reina, princesa de Saboya casi niña, estuvo á la altura de aquel heroísmo. No se echa de ménos al miserable rey y sus ardorosos ímpetus. Pero desde el matrimonio de Felipe V con Isabel Farnesio, la dominación femenina se hace desagradable. Véase á *Saint-Simon* pintar las relaciones de los dos esposos. La nueva reina secuestra al rey, como había hecho la princesa de los Ursinos: «Deseando el rey con impaciencia por su temperamento tener una esposa, y no permitiéndole su conciencia buscarla fuera de casa, le consintió toda la libertad que podía desear.» Encerró, pues, al rey y le hizo inaccesible á todo el resto de la naturaleza. Esta eterna conferencia á solas, en que día y noche estaba con el rey, le daba un imperio absoluto en todas las cosas; pero ¡á qué medios tuvo que recurrir! Dejemos la palabra á *Saint-Simon*: «Si nos atrevemos á decirlo, el temperamento del rey era para ella el resorte más fuerte, y recurrió á él varias veces. Entónces las negativas nocturnas excitaban tempestades. El rey gritaba y amenazaba, ella se mantenía firme, lloraba y algunas veces se defendía. La mañana siguiente había gran tormenta.... A la noche siguiente se hacía la paz, y era extraño que la reina no consiguiera lo que de-

seaba» (1). ¡ Hé aquí el régimen del primer Borbon de España! No estaba cortado para dar la vida á la nacion. La influencia de-letérea del despotismo intelectual seguia pesando sobre los Españoles. Aun á mediados del siglo XVIII, Federico II decia que «la supersticion reducía á aquel pueblo á la categoría de las naciones semibárbaras» (2). España continuará vegetando hasta que la luz de la libertad disipe las tinieblas que la dominacion secular del catolicismo ha amontonado sobre ella.

La Alemania seguia siendo la misma, débil hasta la impotencia, por las divisiones de los mil y un príncipes que la gobernaban, ó mejor dicho, que la explotaban como un propietario usa y abusa de su propiedad. A fuerza de pequeñez, no tenian ni áun aquella dignidad, aquel orgullo, que parecen innatos á las familias reales; se vendian, ellos y sus súbditos, á quien los queria comprar. El emperador era el último de los Hapsburgos, digno representante de la nulidad de su raza. Quedábale de la guerra de sucesion un hombre superior; pero los hombres de genio necesitan la libertad de sus maneras, y en Viena reinaba una etiqueta digna del ceremonial absurdo de Madrid. Al advenimiento de María Teresa, los oficiales y servidores de la córte formaban un ejército de 40.000 hombres, que costaban diez millones y que estaban todos ocupados en no hacer nada. Un escritor inglés dice que aquello era el régimen ideal de las pelucas, y un historiador alemán se pregunta, en presencia de tanta estupidez, cómo el Austria, lo mismo que la España y los Estados del papa, han podido mantenerse durante siglos bajo semejantes gobiernos. Schlosser contesta sería milagroso si no se contase con la fuerza de inercia y con la estupidez humana (3). Fué una dicha para el Austria que la jóven heredera del último de los Hapsburgo tuviese que combatir por su existencia; esta lucha sacudió el sueño de la nacion, pero no bastó para darle la vida; para vivir, necesitan los pueblos del aire vivificante de la libertad.

La Suecia no desempeña ya papel en el mundo político en el

(1) *Memorias de SAINT-SIMON*, t. XII, p. 223, 237 (edic. CHERUEL).

(2) FEDERICO II, *Historia de mi tiempo*, c. 1 (*Obras*, t. II, p. 12).

(3) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII^{ten} Jahrhunderts*, t. II, p. 221, t. I, p. 48. EDINBURGH REVIEW, en la *Revista británica*, año 1853, p. 194.

siglo XVIII. Debe su decadencia á la manía guerrera de Cárlos XI, «héroe para la Europa, azote para su patria» (1). La batalla de Pultawa puso fin para siempre á la dominacion sueca en el Norte. No pereció un Estado, y mucho ménos una nacion. Desapareció un poder preponderante. La mision de la Suecia, como tal, estaba cumplida desde mediados del siglo XVII, en que salvó el protestantismo por la heroica intervencion de su gran rey. Desde entónces no hizo más que declinar. Su grandeza momentánea no estaba en relacion con sus fuerzas reales. Además, Cárlos XII encontró medio de malgastar aquellas fuerzas en empresas en que en vano se buscaria ni sombra de razon, bajo el punto de vista humano. El afortunado rival de Cárlos XII, Pedro el Grande, decia que los Suecos le habian enseñado á vencer. Y á la verdad, la lucha obstinada del rey de Suecia contra los Rusos es quien ha fundado el poder de la Rusia. El nuevo imperio tiene esta particularidad, que sale, por decirlo así, de una vez de la cabeza de un hombre, y apénas existe cuando inspira ya temores á la Europa. Ya en 1720 Inglaterra celebra un tratado con la Suecia con objeto de limitar la ambicion del czar, *para tranquilidad del mundo cristiano*. Se prepara una monarquía universal. Pero no es dado á un hombre improvisar una nacion. El peligro que se preveía á principios del siglo XVIII no estallará hasta el XIX. No es mucho un siglo para formar el coloso del Norte.

II.

Jamas se ha encontrado la política más agitada que en la primera mitad del siglo XVIII. ¿Cuál es el objeto que se proponen los reyes en los innumerables tratados que hacen y deshacen? Un historiador, á quien no puede acusarse de falta de respeto á la monarquía, caracteriza en términos casi despreciativos el vano ruido de la diplomacia desde la muerte de Luis XIV hasta las grandes guerras que tuvieron lugar á mediados del último siglo: «Desde 1715 á 1740 dice Schoell, veremos alianzas formadas y

(1) SAINT-SIMON, *Memorias*, t. XI, p. 75.

rotas, sin más motivo que el capricho de los soberanos, ó los ambiciosos proyectos de sus esposas y de sus ministros. Pudiera decirse que la Europa no tiene cosa más importante que procurar soberanías á los hijos de una reina imperiosa é intrigante.» El sabio escritor, que no retrocede ante detalles áridos, teme, al entrar en este período tan estéril en grandes acontecimientos como fértil en negociaciones, que el *tedio* llegue á unirse al *disgusto* (1). El juicio del historiador alemán no es demasiado severo. Jamas se ha mostrado más mezquina la ambición real. Se dice que los reyes son los representantes del interés nacional; se dice además que ellos formaron las naciones. Si realmente la monarquía desempeña un papel en la formación de las nacionalidades, el honor corresponde á Dios y no á los reyes. Es una gran casualidad, ó si se quiere un beneficio providencial, el que la ambición de los príncipes esté de acuerdo con el interés de los pueblos.

La mayor parte de las veces, el interés de la nación no tiene nada de común con el de su jefe. Y la razón es bien sencilla. Para los príncipes, infatuados con su derecho hereditario, hinchados con el falso orgullo de que ellos son el Estado, el egoísmo de familia es el primero y el mayor de sus intereses. ¿Y qué importa á los pueblos que los hijos de su reina sean príncipes soberanos? ¿Qué les importa que el suegro de su rey ceda una corona? Sin embargo, dice un escritor que está lejos, muy lejos de ser hostil á la monarquía; el interés del monarca triunfa siempre sobre el de la nación (2). Hé aquí una lección que tiene su valor, en un siglo en que se quisiera volver á la monarquía absoluta como á un ideal. Aun cuando la historia tan enojosa de principios del último siglo no tuviera más utilidad que poner en evidencia esta verdad, habría que reconocer en ella una importancia capital. Vamos á ver la obra de la antigua monarquía: no tiene ya el prestigio de grandeza que le daba Luis XIV; se muestra tal cual es. Si el cuadro es feo y repugnante, la culpa es de los personajes que han servido de modelo al historiador.

A la muerte de Luis XIV, la Francia estaba aniquilada y en la

(1) SCHOELL, *Curso de historia*, t. xxxvii, p. 5 y 8.

(2) *Historia flo ófica de Luis XV*, por el conde de TOCQUEVILLE, t. I, p. 172.

agonía. Sin embargo, los recursos de su admirable suelo y las fuerzas de su población, más admirable todavía, son tales, que un cuarto de siglo de paz le hubiera devuelto toda su energía y le hubiera dado el medio de ejercer sobre Europa la influencia que le corresponde y que no puede negársele, si se sirviera de ella para la conservación de la paz y en beneficio de la civilización. ¿Son estos grandes intereses de la Francia y de la humanidad los que preocuparon al regente y á Luis XV? El cuidado del regente en tanto cuanto sus desórdenes le dejaban tiempo de pensar, era asegurar su poder, á fin de asegurar la corona á su casa, en el caso de que el débil niño que ocupaba el trono llegase á morir. Se unió á Inglaterra contra la España, porque Felipe V, el nieto de Luis XIV, estaba pronto á reivindicar sus derechos hereditarios, á pesar de sus renunciaciones y á pesar de su amor á sus *queridos Españoles*. ¿Que importaba á los Franceses que fuese rey el duque de Orleans ó que lo fuese el duque de Anjou? No preguntaremos cuál fué el móvil de la política de Luis XV. Esto sería preguntar qué objeto se proponían sus ministros y sus queridas. Luis XV no encontró un Richelieu ni un Mazarino, y cuando por casualidad alguna de sus queridas quería sacudir la inercia de aquel espíritu apático é inflamarle para grandes cosas, se encontraba con que el joven rey no estaba siquiera á la altura del papel que se le destinaba: el fango no se inflama, y el alma del rey era un alma de fango.

La política de la España, desde el advenimiento de una nueva dinastía, está dictada por la naturaleza de las cosas. A juzgar de ella por las apariencias, la nación estaba tan aniquilada como los últimos descendientes de Carlos V. Pero las naciones no mueren como las familias. Había en la raza española fuerzas vivas que se debían desarrollar. Hé aquí cuál hubiese debido ser su política real. La reina que gobernaba á la España en nombre de su ardoroso esposo, no opinaba de este modo. Sus hijos se hallaban excluidos del trono por los del primer matrimonio; era preciso acomodarlos en otra parte. La reina se fijó en Italia. Hallar para los infantes principados italianos, tal fué el objeto constante de la reina, y por consiguiente del rey. ¿Preguntaremos qué interés tenía la nación en que un *Don Fulano* ó un *Don Mengano* reinasen en Florencia,